

Confesiones de un Votante

Foto: Maggyproducciones



PIERO MOROSINI

Profesor y Director del Centro de Estrategia y Liderazgo (CELID) de CENTRUM Católica

Confieso un sentimiento de alivio al término de la primera vuelta de la contienda electoral presidencial peruana. Principalmente porque desaparece la prensa ruidosa, invasiva, emotiva y folclórica que arremete, que chismea, que improvisa y que instiga irreflexivamente a un candidato contra el otro. ¡Qué tranquilidad!

Pero sé muy bien que esta calma es momentánea, preludio inevitable de un nuevo temporal de verborrea electoral y previsible animosidad que acompañará al enfrentamiento entre Ollanta Humala y Keiko Fujimori,

ganadores absolutos de esta primera vuelta electoral presidencial.

Decido, pues, aprovechar estos momentos de tranquilidad para reflexionar acerca de lo que observé durante esta primera vuelta electoral.

El Fin de un Mito

Fue en las aulas universitarias –entre los años 1980 y 1984– que me enseñaron a imaginar la sociedad peruana como un conjunto de clases definidas sobre la base del ingreso real, cuyo comportamiento electoral era tanto homogéneo como previsible. Las clases A y B, se me explicó,

representan aquel 20 por ciento de la sociedad peruana que goza de un grado de riqueza y educación significativamente superior al del resto de la población –los sectores C, D y E.

Sin embargo, confieso que los números de la primera vuelta electoral presidencial peruana han erradicado por completo este mito de mi conciencia, ya que 55 por ciento de los peruanos votaron por aquello que la prensa A y B denominó “opciones autoritarias”. Y aun si asumimos que todos estos votantes pertenecen a las clases C, D y E, ello sumaría poco menos del 70 por ciento del total de esta población.





Foto: palomax.com

La inevitable conclusión es que un tercio de los sectores C, D y E ha votado –conjuntamente con las clases A y B– por opciones “no autoritarias”.

Es claramente errado, pues, sostener que quienes votaron por Humala y Fujimori lo han hecho porque son pobres (ya que un tercio de este sector votó por los candidatos de los sectores A y B). ¿Qué fue, entonces, lo que llevó a la mayoría de los peruanos a elegir a estos dos candidatos?

El Fin del Mito Ideológico

Confieso que fue en Arequipa, el mes anterior a la primera vuelta electoral presidencial, que por primera vez escuché –entre los taxistas, los canillitas, los vendedores ambulantes y los camareros– la frase: “Estoy indeciso entre votar por Humala o por PPK”. El dilema me parecía incomprensible, ya que, a mi juicio, estos candidatos ocupaban polos políticamente opuestos: nacionalismo izquierdista el primero y neoliberalismo derechista el segundo.

Sospeché, pues, la existencia de un nuevo paradigma político en gran parte de los votantes –radicalmente diferente al viejo esquema político izquierda-centro-derecha–, ya que quienes dudaron entre votar por Humala o PPK en la maravillosa Ciudad

Blanca reconocieron en estos dos candidatos una coincidencia fundamental. Y es que ambos comunicaron el sueño de un Perú alternativo al actual, y un programa de cambio profundo para alcanzarlo. Así, más del 50 por ciento de los electores peruanos, al favorecer a Humala o a PPK en la primera vuelta electoral, votaron por quienes supieron ofrecerles compartir un sueño atractivo y una potente visión del futuro. ¿Qué motivó la elección de los demás?

El Mito de las Clases Educadas y Pensantes

Confieso que desde niño se me inculcó la idea de que, en la sociedad peruana, el 20 por ciento más favorecido económicamente constituía una clase dominante por su superior nivel de educación y su capacidad de pensar y actuar correctamente. Sin embargo, durante la primera vuelta electoral presidencial de 2011, fueron los pobres, los menos favorecidos y los supuestamente peor pensantes quienes demostraron un comportamiento impecable. Escucharon, con inmutabilidad anglosajona, los continuos llamados al miedo que ciertos candidatos repitieron. Y recibieron, con andina impasibilidad, las injurias provenientes de aquellos personajes y periódicos que ciertos miembros de los sectores

económicamente más privilegiados de la sociedad peruana suelen seguir y leer. El escritor Mario Vargas Llosa, por ejemplo, al decir que votar por Humala o por Fujimori era como elegir entre el cáncer y el sida, demostró ampliamente que se puede ser un gran literato sin perder la capacidad de expresarse con el lenguaje del gañán. Como para no quedarse atrás, un diario tan ilustre como *El Comercio* publicó, en su página editorial del 8 de abril de 2011, un artículo de Eduardo Lores en el que se sugería que el poder de atracción de Humala y Fujimori entre los electores peruanos se debía a que: “Aislamiento impotente, sadomasoquismo, incapacidad de afirmar creativa, espontánea y valientemente su yo individual: es la fisonomía del seguidor de un líder autoritario”. Para no creerlo.

Al final, noto con orgullo que el 55 por ciento de la población que votó por Humala y Fujimori demostró que la mayoría de los peruanos vota sin miedo, pensando con su propia cabeza, analizando fríamente lo que observa y escucha, y sin dejarse intimidar por las injurias. Exactamente el tipo de comportamiento que –como se me inculcó desde niño– cabe esperarse de las así llamadas clases educadas y pensantes.

El Mito del Neoliberalismo Peruano

Confieso que encontré acertado el llamado a la defensa del sistema neoliberal por parte de aquellos candidatos que no pasaron a la segunda ronda electoral presidencial peruana. Con una salvedad: el tan cacareado sistema neoliberal peruano no existe, aun cuando casi ningún analista político peruano parezca haberse percatado de ello.

Lo que sí existe –a vista y paciencia de cualquier observador objetivo– es una economía claramente dominada por duopolios no sujetos a ningún tipo adecuado de regulación, ni por parte del Estado, ni por parte de los medios

de información, ni de ningún otro tipo de grupos de presión. Por otro lado, los rasgos más relevantes del sector informal peruano –el cual representa la “otra” mitad de la economía del país– incluyen, como es bien sabido, su bajo nivel de productividad, su reducido valor agregado, la poca o nula inversión en capital humano y tecnológico y la indiferencia generalizada hacia las reglas de juego.

A este punto, confieso que recurrí a mis libros de texto económicos para recordar: ¿qué es lo que caracteriza a una verdadera economía neoliberal de mercado? Y hallé que fue el economista estadounidense John Williamson quien no solo acuñó el término durante la década de 1980, sino que



Foto: logoperuano.com

también fijó las siguientes características esenciales del neoliberalismo económico, a saber:

1. La preponderancia del sector privado en la economía, que, se asume, propiciará un Estado más eficiente y una economía más saludable.
2. Los Gobiernos deben evitar los déficits fiscales, a menos que estos sean necesarios para estabilizar la economía.
3. El gasto público debe ser redirigido –eliminando los subsidios indiscriminados– hacia la provisión amplia de servicios clave que favorezcan el crecimiento económico y eliminen la pobreza, tales como la educación, la salud y la infraestructura.
4. Reformas fiscales que amplíen la base tributaria y reduzcan las tasas marginales impositivas, a fin de favorecer la eficiencia y la innovación.
5. Tasas de interés determinadas por el mercado, pero que sean positivas y moderadas en términos reales.
6. La liberalización del comercio de bienes y flujos de capital, bajo tarifas uniformes y que promuevan el crecimiento en el largo plazo.
7. La privatización de empresas estatales, a fin de promover la existencia de numerosos competidores que propicien la competencia y la libre elección de los consumidores en todos aquellos sectores donde la empresa estatal no puede ser tan efectiva ni eficiente en garantizar dicha competencia plural.
8. La abolición de cualquier tipo de regulación que impida el acceso o limite la competición, manteniendo sin embargo una adecuada regulación para la protección del consumidor, del medio ambiente, de la salud y para garantizar la competencia efectiva y la libre elección de los consumidores.

9. Protección legal a la propiedad privada.
10. Finanzialización del capital (es decir, el reemplazo del capital –equity– por la leva financiera).

Resulta del todo evidente que, en el Perú actual, ninguno de los principios del decálogo del consenso neoliberal se cumple. Confieso que lo examiné detalladamente para comprobar que:

1. En el Perú de hoy existe una preponderancia del sector privado en la economía, pero esto ha resultado en un Estado poco eficiente (o, en la mayor parte de los casos, simplemente inexistente) y en una economía gravemente enferma de concentración duopólica en prácticamente todos sus sectores relevantes, desde la telefonía fija y móvil y los vuelos comerciales hasta los alimentos básicos, la cerveza, el cemento, los servicios financieros y un interminable etcétera. En cada uno de estos sectores, dos empresas concentran al menos dos tercios del mercado total –y en no pocos casos la concentración es aún mayor.
2. Aun cuando el manejo fiscal es prudente, esto no origina, debido a la estructura duopólica e informal de la economía, una perspectiva de estabilidad de largo plazo.
3. El gasto público no está dirigido hacia los subsidios indiscriminados, pero tampoco –ni de lejos– hacia la provisión amplia de servicios clave que favorezcan el crecimiento económico y eliminen la pobreza, tales como: educación, salud e infraestructura. En su lugar, hemos tenido, en el mejor de los casos, una política de “chorreo” de tipo asistencial que ha propiciado una disminución de la pobreza extremadamente lenta, vulnerable y desordenada.
4. No se han llevado a cabo las reformas fiscales necesarias para ampliar la base tributaria y reducir



Foto: Maggy producciones

las tasas marginales impositivas, a fin de favorecer la eficiencia y la innovación. En su lugar, existe una economía informal espantosamente grande que funciona fuera del marco tributario del Estado.

5. Tenemos en el Perú actual tasas de interés determinadas por el mercado y positivas, pero exorbitantes en términos reales (lo cual es consecuencia obvia del elevado grado de concentración del sistema financiero).
6. En el Perú de hoy, la liberalización del comercio de bienes y flujos de capital, al carecer de un adecuado marco regulatorio que, por ejemplo, combata efectivamente el *dumping* en sectores importantes como el textil, no alienta –más bien compromete– el crecimiento económico en el largo plazo.
7. La privatización de empresas estatales no ha promovido, en ningún sector importante de la economía peruana, la existencia de numerosos competidores que estimulen la competencia y la libre elección de los consumidores. Más bien ha generado una economía formal caracterizada por la concentración duopólica, exenta de adecuada (y necesaria) regulación en defensa del consumidor, del medio ambiente y de la salud.
8. En el Perú actual se ha abolido –o reducido sistemáticamente hasta el punto de la impotencia– todo tipo de regulación que proteja adecuadamente al consumidor, al medio ambiente y a la salud. Esto significa

que actualmente no existen en el país las condiciones para garantizar la efectiva competencia y la libre elección de los consumidores en ningún sector económico.

9. No existen en el Perú actual las condiciones para la protección legal a la propiedad privada en las geografías alejadas del país y en sectores tan relevantes como las regalías de autor, la propiedad inmobiliaria y la explotación de recursos naturales, todos los cuales están sujetos a delincuencia de tipo informal.
10. No existen en el Perú de hoy las condiciones para la financialización del capital debido a que al menos la mitad de la economía es manejada por empresas informales, las cuales tienen limitado (o nulo) acceso a levas crediticias o financieras.

El Cuadro Electoral Emergente

Con todo, confieso que muchos cuadros electorales bullen en mi mente, ninguno de los cuales parece coincidir con los paradigmas políticos que solían prevalecer en mi imaginación antes de la reciente votación presidencial. Por ejemplo:

1. Veo a los votantes dividirse según su capacidad de soñar: alrededor de un 50 por ciento de los electores peruanos (es decir, quienes favorecieron a Humala más aquellos que eligieron a PPK) fueron seducidos por el sueño de un Perú alternativo al actual, y están dispuestos a cambiar profundamente para

lograrlo. La otra mitad persigue otras cosas, tales como: la continuación del statu quo o la proyección de un pasado específico hacia el futuro.

2. Alternativamente, veo a los peruanos dividirse según su capacidad de pensar críticamente: un abrumador 85 por ciento de los peruanos votó por quien quería votar, pensando críticamente y sin desviar su voto por miedo a que ciertos candidatos pudieran ser elegidos. Una minoría de alrededor de 15 por ciento del electorado (muchos de quienes votaron por el candidato Alejandro Toledo, por ejemplo) sí parecen haber reaccionado positivamente al mensaje mediático que los instaba a sentir miedo hacia ciertos candidatos.
3. Finalmente, percibo una sociedad bastante integrada desde el punto de vista de sus aspiraciones políticas y del modo en que toman decisiones fundamentales para el país: la gran mayoría de la sociedad peruana –y esto incluye partes representativas de todos los sectores socioeconómicos– está dispuesta a compartir un sueño por un Perú mejor y a decidir críticamente su destino, haciendo caso omiso al miedo.

Confieso que –después de todo– esta segunda vuelta electoral que se acerca podría revelarse tremendamente enriquecedora. 🇵🇪